

menos, no podía prescindirse del ejercicio intelectual para comprenderlo todo. Ahora sucede que quizá no haya nada que comprender, y sí mucho que paladear. Y eso, el disfrute a través de la música —de la música y de lo que sea— es lo que viene defendiendo uno desde siempre. O por lo menos una de las cosas que viene defendiendo, que también está ser honrado y todo eso.

Aislar algún momento vuelve



Bill Evans.

a no parecerme oportuno, precisamente porque hubo muchos momentos para aislar. Más correcto es señalar versiones enteras, como la monumental de "Polka Dots and Moonbeams", que abrió una sesión de noche. O el set improvisado poco más tarde, un dúo de piano y contrabajo por la desaparición inadvertida del batería Joe La Barbera.

A éste, para no ser injustos, hay que reconocerle la mejor escuela que se puede tener, la de Alan Dawson. En cuanto al bajista, Marc Johnson, no desmerece en el sitio que han ocupado Scott LaFaro, Chuck Israels o Eddie Gómez, así que más no se puede decir de él. Tocaron todo lo que saben, pues dejar la máxima libertad a sus acompañantes es otra de las virtudes de Bill Evans, quien en vivo, como hay que oírle, ha dado al jazz un nuevo concepto de ese caldo de cultivo tan importante que es el piano trio. Y nada más. Advertirá el lector que, cuando soy partidario, no me importa que se me note. ■ JOSE RAMON RUBIO.

Gotas nada más

REPLICA a la consulta número 3, formulada por doña Puri D., Palomeras Altas, Madrid.

Mi querida amiga: de las cuatro alternativas que me expone en su bien razonada misiva como posibles soluciones a su crisis matrimonial, estoy de acuerdo en que han de ser eliminadas las tres primeras. A las razones que me señala para desecharlas —y que comparto—, yo me permitiría añadir, aunque parezca puro y simple cinismo, la del valor social que conlleva la institución del matrimonio. Ya sé que esta observación parece repulsiva, sobre todo en tiempos como los que corren, en los que el movimiento feminista, ferozmente desatado por las cuatro pájaras de siempre, pretende derribar todas aquellas instituciones que, históricamente, han venido siendo reforzadas por el carisma que, en una sociedad de machos, aporta el hombre a la pareja. Y si usted no cree en mis palabras, que pueden parecerle propias de un viejo chocho y conservador, pruebe usted a viajar con sus hijos al extranjero sin el consentimiento del marido, intente formalizar un contrato civil, pretenda abrir en un Banco una cuenta corriente... Pronto se dará cuenta del valor que tiene su matrimonio, de qué modo la sociedad la rechaza, hasta qué punto se convierte en una ciudadana de tercera clase, que puede ser, impunemente, injuriada, vejada, calumniada, incluso deseada como mero objeto sexual. En resumen, querida Puri, si usted ataca a lo que constituye, junto con las relaciones de producción, la misma base de nuestra sociedad, me creo en el deber de advertirle que habrá de pagar un precio, y de que dicho precio va a ser alto. Al propio tiempo, me atrevo a formular una conjetura, fundada en mi falsa experiencia con la inolvidable Naima Cherky: si se decide a romper amarras, guiada del nobilísimo empeño de recuperar su independencia y su autenticidad personal, llegará un momento, Dios no lo permita, en que los obstáculos y las penalidades serán de tal naturaleza, que muy probablemente se arrepentirá de haber elegido esa alocada senda, propia acaso para ser transitada por esos jóvenes irreflexivos que se reúnen en el barrio de Malasaña a tirar de porro, pero inadecuada para personas intelectualmente adultas que querrán hallar soluciones reales, y no utópicas, a sus vidas. Por ello, de acuerdo con los términos de la cuarta solución que me propone, redactada vergonzosamente y como a la desesperada, me parece apropiado que tome un amante y que mantenga, al propio tiempo, su vida matrimonial. El divorcio, hija mía, gracias a los buenos oficios de nuestra Santa Madre Iglesia, es más que posible que llegue a nuestro querido país cuando sus cabellos, que imagino negros y sedosos, y ese cutis amasado de azucena y de jazmín, sean pasto codiciado para la Nada agusanada de las fosas de la Almudena. La solución del amante, a primera vista, puede parecer pobre, insatisfactoria y, además de arriesgada (dados los celos violentos de su no obstante indiferente marido), potencialmente frustrante. Y,

sin embargo, a poco que se examine, se descubrirá que el desarrollo histórico de la pareja humana, si exceptuamos el nivel biológico o reproductivo, es la historia de la frustración misma; y ello es así porque los pobrecitos humanos son limitados, ridículamente pequeños, y no pueden desarrollar *ad infinitum* formas de relación eternamente gratificantes. De resultados de dicha limitación, el código de comunicación de la pareja termina por quedar reducido a una página excesivamente conocida, grasienta, de puro sobada, y entonces se produce el conocido efecto engañoso de que, quizá con otra persona, podríamos reencontrar la ilusión perdida. Pensamiento vano, mi querida Puri. Sólo la aceptación de nuestras propias limitaciones y, muy

en especial, la que subyace en la idea de que nuestra felicidad la constituyen momentos fugaces de la existencia; únicamente el abandono de los valores absolutos que constituyeron la base de nuestros sueños de juventud, y sobre todo la resolución favorable del apasionante problema de la conversión del Opus Dei en prelatura personal, pueden conducirnos a la aceptación de nosotros mismos. De todo lo anterior se infiere que no debe intentar en modo alguno el abandono de su marido y la alocada huida de su hogar. La vida con un amante inteligente y comprensivo puede proporcionarle a usted las mismas satisfacciones, si no más, que obtuvo cuando inició la vida en común con su marido y ambos trotaban por los pinares de Jadraque, y ninguna de sus desventajas. Cuando ustedes se vean, ambos acudirán a la cita bien lavados y perfumados, llenos de ilusión, generosos y apasionados; vivirán momentos de plenitud, por su misma brevedad, y, en cambio, no se verán afectados por la erosión de los sentimientos, ni atados a todas las infinitas miserias de orden físico y moral que la convivencia diaria lleva consigo. Con su amante, señora mía, se habrá acabado el hastío, los malos e inevitables olores del lecho conyugal, la máscara infamante del maquillaje corrido, las repulsivas greñas matutinas, la servidumbre hiriente de la menstruación que llega, o lo que es peor, que no acaba de llegar... Podrán ustedes verse y entregarse mutuamente lo mejor de sí mismos; en momentos fugaces, ciertamente, pero no conozco pasión que dure los años de nuestra vida. No se angustie: procure abrir un resquicio a la felicidad y una posibilidad a su vida en crisis. ¿Me creería si le dijera que ese atractivo amigo de su marido de quien me habla podría aliviar muchísimo, si sigue usted mi consejo, su conflictiva relación con sus vecinas de Palomeras, y que su mismo marido habría de comentar positivamente con su guapo amigo y confidente el favorable cambio operado en su carácter? Porque una cosa está clara, Puri: con divorcio o sin él, el género humano se halla metido en un negro túnel, y las verdaderas relaciones humanas están incluso por dibujar en las mejores cabezas que miran al futuro. Por eso Tarancón dice que no al divorcio; no por otra cosa. Créame. ■

A UNA CASADA INDECISA

(De la serie "El consultorio inmoral de Aristides Schiavo")

ANTON AMARGO

den conducirnos a la aceptación de nosotros mismos. De todo lo anterior se infiere que no debe intentar en modo alguno el abandono de su marido y la alocada huida de su hogar. La vida con un amante inteligente y comprensivo puede proporcionarle a usted las mismas satisfacciones, si no más, que obtuvo cuando inició la vida en común con su marido y ambos trotaban por los pinares de Jadraque, y ninguna de sus desventajas. Cuando ustedes se vean, ambos acudirán a la cita bien lavados y perfumados, llenos de ilusión, generosos y apasionados; vivirán momentos de plenitud, por su misma brevedad, y, en cambio, no se verán afectados por la erosión de los sentimientos, ni atados a todas las infinitas miserias de orden físico y moral que la convivencia diaria lleva consigo. Con su amante, señora mía, se habrá acabado el hastío, los malos e inevitables olores del lecho conyugal, la máscara infamante del maquillaje corrido, las repulsivas greñas matutinas, la servidumbre hiriente de la menstruación que llega, o lo que es peor, que no acaba de llegar... Podrán ustedes verse y entregarse mutuamente lo mejor de sí mismos; en momentos fugaces, ciertamente, pero no conozco pasión que dure los años de nuestra vida. No se angustie: procure abrir un resquicio a la felicidad y una posibilidad a su vida en crisis. ¿Me creería si le dijera que ese atractivo amigo de su marido de quien me habla podría aliviar muchísimo, si sigue usted mi consejo, su conflictiva relación con sus vecinas de Palomeras, y que su mismo marido habría de comentar positivamente con su guapo amigo y confidente el favorable cambio operado en su carácter? Porque una cosa está clara, Puri: con divorcio o sin él, el género humano se halla metido en un negro túnel, y las verdaderas relaciones humanas están incluso por dibujar en las mejores cabezas que miran al futuro. Por eso Tarancón dice que no al divorcio; no por otra cosa. Créame. ■